

Algunas reflexiones sobre la metáfora arquitectónica marxista. Capitalismo, técnica y nihilismo.

Curso de doctorado: El espacio público entre el Edipo y la Academia.

1. La articulación entre los planos material e 'ideático', entre los ejes de la reproducción material y social y la forma en que representacionalmente se articula dicha reproducción, dista mucho de ser una mera yuxtaposición de planos, de plantas. Esta metáfora, aplicada a *todo* 'edificio social', muestra los límites de tal imagen: supone una aproximación cognoscitiva hasta cierto punto y un alejamiento a partir de dicho punto si se la quiere proyectar hacia el pasado y geográficamente hacia otras culturas –si es que alguna queda y puede estudiarse sin la distorsión que supone el contacto con la occidental; claro que aquí hay una contradicción: si una cultura es estudiada por la antropología implica que ya ha dejado o está próxima a dejar de ser la cultura que era antes de ser sacada a la luz de las universidades europeas y los proyectos de colonización que, de algún modo (habría que precisar, para no ser injustos, *de qué modo*, pero esto queda fuera del alcance de este breve trabajo), se han conjugado y aún se conjugan; el antropólogo es una especie, si se me permite la expresión, de *mensajero de la nada (cultural)*, mensajero de la sociedad capitalista, encargado de transmitir un mensaje ciertamente de importancia: su fin–. Tal extrapolación se convierte en una generalización abusiva –como bien muestran Godelier y Polanyi–. Ahora bien, de algún modo (y en este caso sí es la tarea de este texto el merodear sobre ese *de algún modo*) la metáfora arquitectónica marxista, lejos de mostrarse equívoca, por el dinamismo económico que la dota de sentido, ha devenido en una figura capaz de aprehender, de un modo inmediato, la férrea determinación económica con que es aherrojado lo que pueda quedar de sociedad en las poblaciones, como afirma Sloterdijk, 'insularizadas', que habitan las 'economías desarrolladas'. (Pero, por segunda vez...) Ahora bien, *tendencialmente*, aquella sociedad en la cual es posible aplicar la metáfora sin equivocidad es la misma sociedad que la falsa, pues, por decirlo así, los cimientos con que es construida la modernidad *disuelven en el aire* toda posible superestructura; quiero decir: el papel de la incesante innovación técnica, el papel del mecanismo que introduce la obtención de *plusvalía relativa*, impide la solidificación de todo andamiaje cultural que sea correlato más o menos estable de dicha vertiginosa técnica –lo que algún filósofo llamó 'el rezago del hombre tras sus obras' (sin profundizar, por lo poco que sé, en las causas de tal rezago)–. Aquella sociedad que cumple lo

expresado en la metáfora es la misma que lo destruye: progresivamente, bajo las condiciones de reproducción capitalistas –condiciones que ponen en quiebra la posibilidad misma de ulteriores reproducciones– parece advenir la primera sociedad sin cultura: pura economía y puras relaciones técnicas y económicas, puros cimientos sin hogar en el que habitar. La *movilización total* a que impele la economía capitalista parece aniquilar todo elemento cultural y cultural de ese otrora *animal ceremonioso* y hoy convertido, casi absolutamente, en *animal económico*. Esta metamorfosis acontece, también, por la mediación mercantil de la cultura, por la mediación comercial entre los colectivos e individuos y las identidades, por la producción incesante y descontrolada de mercancías culturales. Veamos, pues, si el merodear en esta dirección nos conduce a alguna parte.

2. *El trabajador* –subtitulado *Dominio y figura*–, de Ernst Jünger, aun sumergido en la embriaguez fascista del momento –borrachera cuyos efectos, todavía hoy, se trata vana e infantilmente de combatir y exorcizar *sin comprender*–, nos muestra la necesidad de poner (¿de qué modo?), entonces y hoy, coto, límite, *contorno*, a esa exponenciación del nihilismo en que consiste el capital. El capital troquela a través de la incesante segregación de formas *lo informe por exceso*, disolviéndolas en el aire –casi diríamos, por una pura cuestión *cinemática*¹– nada más nacidas, portando el dominio de lo informe, la ausencia de troquelado, de sentido. El desasosiego y el malestar modernos, la aporeticidad de su deriva, fue sentida por Jünger de un modo tan crudo que únicamente vio en la aparición de *lo bárbaro*, surgido de la propia juventud alemana, la posibilidad de superar el desorden de cosas en que naufraga la sociedad moderna. Cultura y grandeza contra economía, destino contra cálculo; superar esta circunstancia dinámica y sin ejes, sin asideros. Se trataba de llenar el espacio (vacío políticamente) de poder y otorgar sentido, ejercer el dominio verdadero que domeñe el movimiento absoluto. (Si la circunstancia actual, en la que ‘está en juego la totalidad’, no es sentida por los más de un modo semejante, es debido, sin duda, a la industria de la prótesis, la ortopedia y el maquillaje.) Lo bárbaro: una inocente fiereza, una brutalidad infante, una rueda que se impulsa a sí misma, un primer movimiento, un santo decir sí. En este resbaladizo tono, siempre a punto de rodar por la pendiente épico–fascista, acontece la desesperada necesidad de encontrar sentido al sinsentido del movimiento de la sociedad moderna –movimiento indefinido

¹ “Es la velocidad, y no las catapultas y los obuses, la que devora las cosas y los templos y deja un desierto donde se levantaba la ciudad poblado de escombros. [...] La velocidad es voraz y belicosa (...) porque se ‘come’ las cosas. [...] Nada dura. Nada arraiga en el cosmos. En el mercado las cosas se suceden a tal velocidad que no nos da tiempo a agarrarlas; si no llegamos a usarlas no es sólo porque el uso esté proscrito por el carácter ‘sobrenatural’ de la mercancía; nos lo impide también el vendaval vertiginoso que nos las arranca de las manos antes de que lleguemos a tocarlas. Si el fetiche las convierte en cosas de mirar la velocidad de la producción se las come, las devora, las destruye antes de que alcancen a ponerse en pie. [...] Todo nuestro horizonte vital está dominado por las diversas variantes de obsolescencia

e ilimitado, *total*, en un espacio sin coordenadas, sin valores ni dioses ni fines— mediante la figura que sea —en este caso, la mediada por los arquetipos del trabajador y el soldado—, la necesidad de barruntar ‘en algún futuro’ un contramovimiento ya anunciado por Nietzsche que reemplace al nihilismo presuponiéndolo como necesario para *la aparición principesca del hombre*.² La catástrofe de todo sentido es la posibilidad misma de todo *nuevo* sentido: “El nihilismo puede ser una señal tanto de debilidad como de fuerza. Es una expresión de la inutilidad del otro mundo, pero no del mundo y de la existencia en general. El gran crecimiento lleva consigo un desmoronamiento y un perecer increíbles, y, bajo este aspecto, la aparición del nihilismo puede ser, como forma extrema del pesimismo, una señal favorable”.³ Sin duda, cuando el alemán publicó *El trabajador*, en 1932, pensaba que todavía el terreno era bastante fértil para tal aparición. Pero 44 años después, cuando escribe *Sobre la línea*, probablemente pensara en aquellas palabras de Zaratustra: “algún día ese terreno será pobre y manso, y de él no podrá ya brotar ningún árbol elevado”.⁴

En este autor, como en otros, portavoces, lo quisieran o no, de la *revolución conservadora*, además de su desencanto y cierta lucidez antimoderna, encontramos una tendencia hacia el reencantamiento mediante la fuerza vertebradora y autopoietica del mito, configuradora, para frenar la descomposición social y cultural de las distintas naciones en un entorno internacional dirigido — es sólo un decir— por el mercado autorregulado e internacionalizado, correlato de un precario ordenamiento político mundial; ordenamiento en que el nihilismo —cuya aparición en ‘forma’ de caos sólo tiene lugar *por accidente*, pues ello estorbaría su desenvolvimiento— encuentra su ‘hábitat natural’.⁵ Estos autores muestran su inquietud ante los poderes desatados por la sociedad moderna, pues tras la inmensa organización técnica, tras la inmensa apropiación de la responsabilidad decisoria de los ciudadanos por grandes centros de poder, se ocultan grandes peligros. Como dijera Schmitt, “...una humanidad que se mueve efectivamente en una arena despolitizada, en la que parece haberse encarnado la razón, pero en la que todo depende del curso de los intereses económicos; una humanidad que en ese espacio no ha logrado encontrar ninguna garantía de éxito para los ejercicios de la razón, pero que, sin embargo, ha conseguido producir en él un desarrollo

inducida o programada que excogita la urgencia de un sistema económico acuciado, a vida o muerte, por la renovación. De la aceituna a la catedral, la perseverancia en el ser es la ruina del capitalismo” (*La ciudad intangible*, pp. 179, 223).

² ¿Qué astucia de la razón burguesa hubo en el hecho de que esta fraseología tan seductora enrolase en sus revolucionarias filas a aquellos que inconscientemente formarían las tropas de choque contrarrevolucionarias que perpetuaron el sistema que pretendían destruir? Aquellos jóvenes visceralmente antiburgueses apuntalaron el capitalismo nacional alemán *de excepción* frente al movimiento obrero. Una vez hecho esto, la *revolución conservadora* descabezó a los sectores más revolucionarios del nacionalsocialismo.

³ *Sobre la línea*, p. 24.

⁴ *Así habló Zaratustra*, p. 38.

⁵ El nihilismo “...puede armonizar perfectamente con amplios sistemas de orden (...) incluso esto es la regla, allí donde es activo y desarrolla poder (*Sobre la línea*, p. 25)”.

técnico inusitado, es un monstruo político incontenible e imprevisible en su capacidad de exterminio”.⁶

Como decíamos más arriba, la movilización total tiene lugar en un espacio absolutamente plano, superficie en que la percepción es incapaz de distinguir forma, *eidos*, sentido; superficie no obstaculizada por ‘irregularidades’ culturales, lubricada y sin molestas fricciones, a fin de que el capital pueda circular lo más velozmente posible, homogeneizando todo paisaje físico y mental, consumando la reducción, la nihilización. Late en Jünger la nostalgia por la huida de lo *no reductible* a este curso, la melancolía por la desaparición de lo maravilloso, por la volatilización de la veneración y el asombro; nostalgia ante el ‘eco de una realidad desaparecida’, en fin, ante la falta de fundamento. La admiración y la extrañeza pasan al mundo de las cifras, de lo espacial y lo numérico. La experiencia de Jünger le pone en contacto, del modo más brutal, con el despliegue de la técnica moderna. Sin embargo, acaso la falta de distancia le impidió ver, más allá de ‘esencias impensadas’ y otros arcanos, la función del desarrollo técnico dentro de la estructura que llamamos *capital*. ¿Por qué se produce este borrado de las señales e indicaciones, de las elevadas ilusiones de la tradición, de los mojones de sentido, del límite que traza la cultura? ¿Cuál es la diferencia entre una técnica neolítica que erige dioses y los hace durar y otra que los pone en fuga? Si hay un poder configurador, obviamente es el del trabajo, el de las técnicas desarrolladas por toda sociedad en su mediación metabólica hombre – naturaleza. Si bien el estudio transhistórico de *la* transformación del medio por *el* hombre arroja luz sobre la cuestión antropológica en su sentido más amplio, no es menos cierto que su transposición a la sociedad moderna puede acarrear diversos equívocos. En *El Capital*, y especialmente en la Sección IV, encontramos la herramienta cognoscitiva idónea, según creo, para el estudio de la transformación *en la modernidad* del medio y del hombre *bajo las condiciones capitalistas de producción*. Si no se añade esta determinación a la hora de pensar la técnica y su impacto social, la trayectoria del pensamiento será errada y errónea.

En la apropiación de los medios sociales del trabajo estaba incluida la apropiación de los medios de *producción científica*,⁷ concentrando en manos de los capitalistas un poder de, dicho eufemísticamente, ‘destrucción creativa’ (Schumpeter) como nunca fue soñado, transformando incesantemente las técnicas productivas y, con ellas, *el régimen social*. Ahora bien, llegado a cierto punto, una perpetua y veloz transformación técnica –cuyo motor es la obtención de plusvalor y la concurrencia mundial– arrastra tras de sí a una ‘sociedad’ deforme, informe, pues no hay forma

⁶ *Geometría y tragedia*, p. 306.

⁷ “La *ciencia* es separada del trabajo como potencia independiente de producción y aherrojada al servicio del capital. [...] La ciencia no le cuesta al capitalista absolutamente ‘nada’, pero ello no impide que la explote. El capital se apropia

social que, siguiendo la metáfora, consiga solidificarse en este medio. Si una casta sacerdotal, un grupo privilegiado de ciudadanos, de señores feudales, conviviendo con unos sistemas determinados de producción, generan *un* sentido por la durabilidad de su técnica y por la relativa autonomía de su régimen social –si bien esta yuxtaposición en el enunciado no implica la ausencia de complejidad de su conjugación–, no sucede esto cuando la ‘casta’ en el poder se alimenta de la *perpetua transformación* de la base técnica productiva y, por tanto, parasita la *perpetua transformación y desestructuración* de la sociedad, impidiendo toda solidificación de sentido, belleza, costumbre, oficio; movilizándolo totalmente en el que las exigencias productivas amenazan toda ulterior reproducción.⁸ En esta circunstancia no hay acuñación posible, no hay *forma* que no se desvanezca.

Si bien el hombre participa esencialmente del nihilismo, de una nada que es la posibilidad de *apertura* de un espacio en que pueda darse la *poiesis*, un traer a la existencia y pasar a ser, junto a la naturaleza, coautor de su evolución posterior, si bien el hombre es ‘el acomodador de la nada’ (Heidegger, *Hacia la pregunta del ser*), si bien esto es, al parecer, así, no es menos cierto que *el hombre moderno* se enfrenta a otro poder, en este caso, *inhumano*, en el sentido más recto, que acelera la destrucción de toda *poiesis* conformadora de sociedad, que, a través de los más barrocos ordenamientos en aras al mantenimiento de una estructura económica, aniquila todo orden social medianamente duradero.

3. “Las sociedades son sociedades mientras imaginan con éxito que son sociedades.”⁹ Ahora bien, en la sociedad capitalista la reproducción material de la existencia no requiere, según parece, de la mediación social: *la sociedad sobra*. Las relaciones sociales, desde la óptica de la producción, son excrecencias ya en perspectiva de ser vestigio de la (aún) reproducción sexual de los individuos, despolitizados, atómicos, cuya inflacionada imaginación no se dirige precisamente hacia la

la ciencia ‘ajena’, ni más ni menos que como se apropia el trabajo de los demás. [...] La explotación rutinaria e irracional es sustituida por la aplicación tecnológica y consciente de la ciencia” (*El Capital*, pp. 296, 316, 422).

⁸ “El proceso industrial a gran escala destruye más ‘reservas’ humanas y naturales de las que él mismo puede producir o regenerar. En esa medida resulta ser tan *autopoiético* como un cáncer...” (*En el mismo barco*, p. 101). Probablemente por la línea de investigación elegida, mis intereses teóricos y prácticos y, sobre todo, por ser *obligado por la verdad*, en toda lectura que hago tiendo a ver la relación, la continuidad, entre éstas y los textos de *El Capital*. Al punto de leer esas líneas de Sloterdijk vienen a la mente estas otras de Marx: “Al crecer de un modo incesante el predominio de la población urbana, aglutinada por ella [la industria] en grandes centros, la producción capitalista acumula, de una parte, la fuerza histórica motriz de la sociedad, mientras que de otra parte perturba el metabolismo entre el hombre y la tierra... [...] Además, todo progreso, realizado en la agricultura capitalista, no es solamente un progreso en el arte de *esquilmar al obrero*, sino también en el arte de *esquilmar la tierra*, y cada paso que se da en la intensificación de su fertilidad dentro de un período de tiempo determinado, es a la vez un paso dado en el agotamiento de las fuentes perennes que alimentan dicha fertilidad. [...] ...la producción capitalista sólo sabe desarrollar la técnica y la combinación del proceso social de producción socavando al mismo tiempo las dos fuentes originales de toda riqueza: *la tierra y el hombre*” (*El Capital*, pp. 423, 424).

‘construcción imaginaria de la sociedad’, sino hacia la construcción, espoleada por la industria del ocio y por la industria de la ‘producción de consumidores’, de un enorme sumidero de consumo en el que arrojar los amenazantes stocks. Toda fantasía configuradora ha cedido ante esa otra fantasía, en lo que no tiene de económico, de la globalización, proceso que, cuanto más catastrófico se revela, más hipnótico e ‘ilusionante’ aparece en las distintas manipulaciones ideológicas; cedido, decimos, y no desaparecido, pues las identidades culturales, por más delirantes que nos parezcan, ofrecen refugio al desterrado, siquiera un rincón, ante la inhospitalidad de la historia y la indecible estupidez de quienes, acaso haciendo de la necesidad virtud, se empeñan ridículamente en ‘salir del rincón de la historia’. Ante el caos y la aparente ineptitud de los hombres y mujeres para con los ‘grandes órdenes’ y superficies, ante la violenta obturación de la posibilidad de resolución de la aporía capitalista mediante algo que, a falta de otro nombre, llamaremos ‘revolución socialista’ (mundial) –lo que, por cierto, Martínez Marzoa llama ‘conservación revolucionaria’, y opone a la ‘liquidación abstracta’ y la ‘revolución conservadora’– el repliegue hacia los ‘órdenes pequeños’, hacia los pequeños formatos, parece inevitable, necesario. Hordas y estirpes se rebelarán –se rebelan– sin duda, “en un antimundo de anarquismos, privatismos y niñerías”, contra “el dictado mundial del capital globalizado”.¹⁰

⁹ *En el mismo barco*, p. 20.

¹⁰ *Ibidem*, pp. 74, 75. Y continúa Sloterdijk (pp. 74 – 76): “La idea de la ‘Revolución Conservadora’ [...] tiene, probablemente, una gran carrera intelectual por delante... [...] El mundo sin forma y la sociedad sin identidad urdirán, de modo masivo, contraataques, *Reinassancen*, y vueltas a las viejas reservas. Limpiezas étnicas con la gravedad de crímenes de pueblos enteros harán reconocible, en muchas partes del mundo, el grito de auxilio ante la pérdida de la forma política. / Con la creciente globalización, las últimas totalidades de las continuidades políticas del tardío clasicismo, que mantuvieron juntos a los hombres en grandes formatos modernos, comienzan a emigrar: se trata de las identidades cuasi religiosas de los Estados nacionales, que han impregnado, como muy tarde desde el siglo XIX, las formas de la vida política de Europa y más tarde del mundo entero. Tan artificiales e improbables como ellas mismas fueran en sus ‘buenos tiempos’, su inesperada caída está produciéndose en unas condiciones de desregulación criminales. Desde las desiertas construcciones imaginarias del útero social se precipitan innumerables pánicos

Bibliografía

Alba Rico, Santiago: *La ciudad intangible. Ensayo sobre el fin del neolítico*, Argitaletxe Hiru, S.L., 2001, Hondarribia.

Fernández Liria, Carlos: *Geometría y Tragedia*, Argitaletxe Hiru, S.L., 2001, Hondarribia.

Jünger, Ernst: *Acerca del nihilismo. Sobre la línea*. Ediciones Piados Ibérica, S.A., 1994, Barcelona.

Marx, Karl: *El Capital*, Fondo de Cultura Económica, S.A, México, D.F., 2001.

Nietzsche, Friedrich: *Así habló Zaratustra*, Alianza Editorial, S.A., Madrid, 1994.

Sloterdijk, Peter: *En el mismo barco. Ensayo sobre hiperpolítica*, Ediciones Siruela, S.A., 1994.

postpolíticos y difusos desamparos, para los que el nombre común de ‘Postmodernidad’ es todavía el nombre civilizado”.